Escritos de frontera
De los subsidios y sus consecuencias

ARTURO DAMM ARNAL

I

Uno de los más importantes principios del realismo económico afirma que, para economizar (hacer el mejor uso posible de los recursos, ¡siempre escasos!, a nuestra disposición), el consumidor debe pagar el precio real de aquello que consume, establecido, libremente, entre oferente y demandante.

El poder político puede intervenir de dos maneras. Primera: fijar el precio por arriba de aquel al que oferente y demandante llegaron libremente con el fin de beneficiar al primero o, segunda, fijarlo por debajo, con el objetivo de favorecer al segundo. En ambos casos distorsiona el mercado, generando exceso de oferta en el primero, y escasez de demanda en el segundo, y comete una injusticia, en contra del consumidor (desembolsará una cantidad mayor a cambio de la mercancía), y en contra del productor (quien se embolsará una cantidad de dinero menor a cambio de su producto).

¿Cuál es la consecuencia de la manipulación de precios por el poder político? Desde el punto de vista económico, la distorsión del mercado y, desde la perspectiva ética, la comisión de una injusticia, razones más que suficientes para, desde la ciencia económica y la ética, evitarla. Argumentos que, desde aquello considerado políticamente correcto, son desoídos con singular irresponsabilidad por quienes detentan el poder político.

Todo ello sucede con los subsidios que, si bien es cierto no son una manipulación directa de precios, sí lo son indirectamente, sobre todo cuando el subsidio se entrega, a favor del consumidor, al oferente, tal y como sucede con los 200 mil millones de pesos que este año se le entregarán a Pemex con el objetivo de beneficiar a los consumidores de gasolina.

II

Supongamos que la demanda de una determinada mercancía aumenta más que su oferta, ¿qué sucederá? A no ser que se incremente el precio de la misma, el resultado será la escasez, una situación en la cual la demanda será, una y otra vez, mayor que la oferta. ¿Cómo evitar dicha situación? Reduciendo la demanda, aumentando la oferta, o ambas cosas. ¿Cómo lograr esos cambios en la oferta y la demanda? Por medio del aumento en el precio.

Si el precio aumenta, la cantidad demandada baja (los consumidores marginales, aquellos que no están dispuestos a pagar un precio mayor por la mercancía, salen del mercado), al tiempo que la cantidad ofrecida aumenta (los productores marginales, aquellos para quienes el precio anterior era menor a su costo de producción, ahora, con un precio mayor, que les permite cubrir sus costos de producción y obtener por lo menos la gracia normal, se incorporan al mismo). Combinación de aumento en la cantidad ofrecida y disminución en la demandada que evita la situación de escasez, que aparece siempre que el poder político evita el alza de precios, imponiendo un control de los mismos, algo que por ningún motivo debe hacer, ¡mucho menos ante una situación de escasez previa!

III

Supongamos que quienes detentan el poder político ya entendieron que la manipulación de precios, por la distorsión de mercados que ocasiona, crea más problemas de los que originalmente se pretendían solucionar, razón por la cual deciden evitarla, pero, ante el alza en el precio de determinada mercancía consideran su obligación intervenir, ya que es políticamente correcto hacer algo en beneficio del consumidor, evitándole un desembolso mayor a la hora de adquirir la mercancía en cuestión. ¿Qué puede hacer el poder político para evitarle al consumidor tal inconveniente? Pagar parte del precio o, dicho de manera más técnica, subsidiarlo.

Ejemplo: si el precio aumentó de ocho a diez pesos, el consumidor paga los primeros ocho (el precio anterior al alza) y el gobierno los dos restantes, y todo sale bien: el consumidor no paga más, el gobernante hizo lo políticamente correcto y, al final de cuentas, el precio de la mercancía en cuestión aumentó, evitándose así la distorsión del mercado. ¿Cuál es el problema?

Vistas así las cosas, todo indica que el subsidio al consumo, sobre todo cuando se practica por la vía del subsidio al precio, otorgándole al oferente la diferencia entre el precio que el consumidor paga y el precio que evita la escasez, es una mejor opción que el control de precios, es decir, que la imposición de un precio máximo, que sí distorsiona el mercado creando una situación de escasez, en perjuicio de todos aquellos consumidores que, estando dispuestos a pagar un precio de ocho pesos por la mercancía en cuestión, no la encuentran por ningún lado (momento de recordar que no hay mercancía más cara que la que no se encuentra en el mercado, o que aquella que se consigue en el mercado negro, a un precio mucho mayor del que se pagaría si el gobierno no lo hubiera manipulado).

IV

¿Es el subsidio al consumo una mejor opción que el control de precios? Con él, ¿nadie pierde ni se distorsiona el mercado? La respuesta es un rotundo no.

¿De dónde salen los recursos con los que el gobierno subsidia? Del bolsillo de algún contribuyente. Así las cosas, ¿qué supone que el gobierno subsidie el consumo? Que le quita dinero a unos para dárselo a otros, lo cual me lleva, por enésima vez, a preguntar ¿qué justifica que el poder político le quite a unos para darle a otros? y, si esa redistribución no es una expoliación legal, un robo con todas las de la ley.

En el caso del subsidio al consumo de gasolina, ¿de dónde salen los 200 mil millones de pesos? ¿Quién es el contribuyente a quien se le quita para darle al consumidor? Pemex, a quien el gobierno le cobra impuestos con parte de los cuales subsidia el consumo de gasolina, sin lo cual esa empresa podría contar con más recursos para llevar a cabo aquello que le urge a la industria petrolera nacional: inversiones.

El subsidio al consumo supone que el consumidor no paga la totalidad del precio, siendo algún contribuyente el que cubre la parte restante, pero recordemos que uno de los principios del realismo económico apunta que, para economizar, el consumidor debe pagar el precio real de aquello que consume, precio establecido entre productores y consumidores, sin la intervención del gobierno, independientemente del tipo de intervención de que se trate, subsidio al consumo incluido.

El subsidio al consumo sí distorsiona el mercado al hacer que el consumidor demande una cantidad mayor de la que demandaría si tuviera que pagar el precio total de aquello que consume, razón por la cual no economiza, despilfarrando la mercancía en cuestión, consecuencia de la actuación políticamente correcta del gobierno: evitarle a los consumidores un desembolso mayor. Como si la tarea del gobierno fuera, además de las propias de todo gobierno, la de cualquier ángel de la guarda esforzándose por preservar al ser humano de todos los males, aumento de precios incluido.

En el caso del subsidio al consumo de la gasolina, que ronda el 30% del precio total, ¿a cuánto asciende el despilfarro de ese combustible? o, dicho de otra manera, si el consumidor pagara el precio total de la gasolina que consume, ¿en cuánto se reduciría la cantidad demandada?

El subsidio, al inducir un mayor consumo de la mercancía con precio subsidiado, genera presiones alcistas sobre el precio, que pretende contener, por lo que el mismo termina siendo causa de lo que pretende evitar. Esto resulta absurdo, por más que desde el punto de vista político se considere correcto. ¿Cuánto nos cuestan, en materia de economía, las tonterías cometidas en nombre de lo políticamente correcto?

El subsidio, cualquiera que sea e independientemente de cómo se aplique, siempre es económicamente ineficaz y éticamente inmoral, por más que se considere políticamente correcto, pues se cree que el gobierno, además de ser gobierno, debe ser ángel de la guarda, y preservar a los gobernados de todos los males, o hada madrina y, como tal, concederles todos los bienes, comenzando por los males y bienes propios de la economía. Nos olvidamos de que el incremento de los precios es, al final de cuentas, la solución a un problema más grave: la escasez.